

Javier García Rodríguez (ed.), *Intersecciones. Relaciones de la Literatura y la Teoría*, Oviedo, Ediciones de la Universidad de Oviedo, Colección Biblioteca de Filología Hispánica, nº 22, 2020, ISBN 978-84-18324-10-9, 302 páginas.

Sin duda, el concepto de «intersección» se ha revelado fundamental para estudiar el devenir histórico de la literatura y la teoría y sus relaciones con otros ámbitos del saber y de la experiencia (la ética, la ficción, la verdad, el pensamiento, la ciencia, la política). Este es el punto de partida del volumen colectivo *Intersecciones. Relaciones de la Literatura y la Teoría*, que contiene las aportaciones de diez autores provenientes de diferentes ámbitos de la investigación académica y literaria y que han surgido con ocasión de la celebración del III Congreso Internacional de la Asociación Española de Teoría de la Literatura en enero de 2019 en Oviedo.

El volumen se articula en cinco epígrafes y constituye un magnífico muestrario del cruce de caminos que la literatura y la teoría han mantenido y mantienen con otras disciplinas y ámbitos del saber. Además de estos cinco bloques, el volumen se abre con el capítulo introductorio de Javier García Rodríguez, profesor de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada de la Universidad de Oviedo, quien nos ofrece de forma sistemática y clarificadora las claves textuales de cada uno de los trabajos mostrando las intersecciones «en este mapa de carreteras a veces tan caótico que llamamos literatura y teoría».

El primer bloque, titulado «Mundos posibles: ficción, verdad y posverdad», se ejemplifica en el capítulo «El enfoque de los mundos posibles frente a otras teorías de la ficción» de la investigadora Marie-Laure Ryan, quien se propone comparar y contrastar cinco teorías sobre la ficción. Así pues, recurre a la teoría del filósofo John Searle (1975) que definió la ficción como actos de habla simulados en tanto que las reglas que establecen la conexión entre el lenguaje y la realidad quedan en suspenso en la ficción. Asimismo, desde plano de la recepción, la autora analiza la teoría de Kendall Walton (1990) y habla de las propias reglas de la ficción que generan «verdades ficcionales» a ojos del receptor, esto es, proposiciones que son verdaderas en el mundo ficcional. Otra concepción de la ficcionalidad es la que la propia Ryan aporta a partir de la combinación de las de Walton y Searle con la teoría de los mundos posibles formulada por David Lewis en 1978. Su propuesta consiste en distinguir la imagen del mundo presentada por el texto de la del mundo referencial al que pertenece el lector; aparece así el juego de la ficción, el camino de ida y vuelta que hace posible que obtengamos placer y conocimiento de la literatura. Asimismo, aparece la teoría retórica propuesta por Nielsen, Phelan y Walsh en 2015 que vincula la ficción con la exposición abierta de cualquier invención, dando cabida así no solo a formas narrativas como las novelas o las películas, sino también a otras formas especulativas o que incluso se desvían de la verdad como son la conversación informal, los discursos políticos, las *fake news*, etc. Por último, se reprueba la teoría ingenua que asocia la ficcionalidad con la falsedad. Con este amplio recorrido teórico, la autora concibe una teoría de la ficcionalidad abierta, no supeditada a ciertos géneros narrativos y que a menudo presupone un juego con la verdad.

El segundo bloque, titulado «Teoría de la literatura, ética y pensamiento», reúne dos trabajos: «Ética y literatura» de Marta Sanz y «Literatura y pensamiento. Un debate en la intersección» de Sultana Wahnón. La primera autora reflexiona, a partir de su experiencia personal y de una conferencia de la crítica de arte Estrella de Diego dada en un congreso, sobre cómo los textos artísticos intervienen en la realidad y viceversa. En este sentido, Sanz explica que en la literatura y en el arte en general los modos de representación y también los de la recepción implican una manera de posicionarse frente

al mundo y, por ende, una posición ética y política. Asimismo, la autora supera los límites de lo ético en relación con lo estético en tanto que todos los textos artísticos, ya sean documentales, autoficciones, crónicas periodísticas, películas fantásticas o de ciencia ficción pueden ser performativos y quebrantar lo hegemónico.

Por su parte, Sultana Wahnón expone la histórica relación conflictiva entre la Teoría de la Literatura y la Estética, entendida esta última como estética literaria o filosofía de la literatura. Para ello, la autora realiza un amplio recorrido por la Teoría de la Literatura en el marco de los presupuestos formalistas-estructuralistas para explicar el rechazo de autores como Eijembaum hacia la Estética, la disciplina que bajo la denominación de «filosofía de la literatura» durante el siglo XIX se había encargado de abordar los problemas generales del arte y la literatura, aduciendo la necesidad de estudiar los aspectos concretos planteados por la obra de arte con un rigor científico y objetivo. No obstante, Wahnón recalca también las discrepancias y aportaciones que dentro del formalismo ruso y estructuralismo francés se realizaron al recuperar los conceptos de «pensamiento» y «reflexión» para referirse al arte, incitando así a cuestionarse sobre lo que se siente y se percibe.

Dentro del bloque tercero, titulado «Teoría, Literatura, Ciencia», se engloban dos trabajos. El primero de ellos, «La literatura: *creoda* generativa del lenguaje (o algo bastante parecido)» de Guillermo Lorenzo, el autor parte del concepto de «transversalidad» para demostrar que el conocimiento humano se caracteriza por la multidisciplinaridad y la hibridación, contrariamente a la modularidad o encapsulamiento del mismo; algo cada vez más frecuente en la actividad investigadora de hoy en día, no solo de las áreas científicas –algo habitual–, sino también de las áreas humanísticas. En este sentido, Lorenzo realiza posteriormente una aproximación teórica transversal a la literatura a partir de sus conocimientos de psicología cognitiva y biología evolutiva del desarrollo (la llamada biología «evo-devo») para rebatir la idea de que la literatura es un uso que deriva del lenguaje. Demuestra que en el desarrollo prelingüístico del niño, hay un momento en que su mente «es ya una mente literaria» en tanto que discrimina los estímulos acústicos de acuerdo con los diferentes tipos rítmicos isoacentual, isosilábico e isomoraico y posee un pensamiento desacoplado u offline en tanto que se sitúa en un plano mental desconectado de las condiciones ambientales inmediatas mediante el juego simbólico o la imaginación. Por su parte, M. Vázquez Medel cierra este tercer bloque con su capítulo «Teoría, Literatura y Ciencia desde la Teoría del Emplazamiento/Desplazamiento (TE/D)» donde estudia cómo la literatura, en su transversalidad, permite posibilidades de relación con todo lo existente, con lo verbal y no-verbal y con lo estético y no-estético. Se conecta, pues, con el principio básico de la TE/D de nuestro estar en el mundo aquí y ahora, de preguntarnos del porqué el mundo es cómo es y de transformar constantemente lo observado. De esta manera, el autor propone superar las «fragmentaciones y compartimentos del saber» para buscar una confluencia del conocimiento donde todo se relacione con todo.

El cuarto bloque, titulado «Teoría, Literatura, Política» lo conforman cuatro trabajos. El primero de ellos es el de M.^a Paz Cepedello Moreno con «El dolor como forma de protesta: a vueltas con la escritura de mujeres» donde la autora realiza una reconsideración de lo que históricamente se ha denominado «escritura de mujeres» y que aún hoy es algo sobre lo que se requiere seguir reflexionando. De esta manera, si en el pasado se le atribuía un sentido peyorativo, a partir del siglo XX se estudia desde un enfoque cognitivo en tanto que la lectura ocupa un plano intersubjetivo en el que las significaciones derivan de la interacción entre el texto, cuyas marcas responden a una intención del autor, y receptor quien lee desde unas coordenadas y experiencia propias.

La autora se adentra así en los hitos y teóricos fundamentales que han forjado el pensamiento feminista como Irigaray, Cixous, Colaizzi, de Lauretis, Derrida, Foucault, Luna, etc. La teoría feminista provee una práctica contradiscursiva que servirá a Cepedello para analizar las obras *Clavícula* de Marta Sanz y *La mujer precipicio* de Princesa Inca. El segundo trabajo del cuarto bloque es el de Mario de la Torre-Espinosa con «Nuevos/viejos marcos políticos en la literatura: teorías marxistas en la autoficción y las narrativas transmedia» donde demanda la necesidad de una teoría literaria que sea política en una sociedad como la actual, inmersa en las tecnologías. Propone, pues, una recontextualización de teorías políticas, como el marxismo, a un presente dominado por el medio digital y, en ocasiones, por la «infoxicación» a causa de las *fake news*. La tercera aportación viene dada de la mano de J. M. Marrero Henríquez con «La política en las letras: literatura y estudios literarios» donde expone cómo las instituciones evaluadoras, los cánones editoriales y la política, dominada frecuentemente por intereses de mercado, condicionan la actividad literaria y teórica y se convierten «en acicate para la creatividad artística». Por último, Teresa López-Pellisa en «El paradigma de Hefesto. Heterotopología: poshumanismo(s), (xeno)feminismos y ciencia ficción» reivindica el concepto de «poshumanismo feminista» para replantear nociones como género y sexualidad y su relación con la cibercultura, la tecnocultura, la cultura digital y la ciencia ficción. Por ello, recurre a las figuras mitológicas de Hefesto y Urano como representantes de la diferencia y precursores de la biogenética, la cibernética y del pensamiento no binario, ya sea sexual, de género, humano/máquinas, humano/animal o físico/inmaterial.

Por último, el volumen se cierra con el quinto bloque titulado «Teoría de la Literatura y transversalidad» y está conformado únicamente por el capítulo de la profesora Carmen Bobes Naves «Los objetos y los métodos de la investigación lingüística y literaria. La transversalidad». La investigadora ovetense reflexiona sobre la ontología y epistemología del lenguaje a partir del concepto de «transversalidad», el cual ella misma se planteó por primera vez en 1965 cuando preparaba la memoria para las oposiciones a la cátedra universitaria. De esta manera, aborda el lenguaje atendiendo a sus funciones, su relación posible con otros objetos e investigaciones en el ámbito de las ciencias culturales o humanas (la sociología, la psicología, la historia, las teorías sobre el arte, etc.) lo que, desde mediados del s. XX hasta la actualidad, exige que «el estudio del signo quede abierto a todo lo humano, en toda su amplitud, en toda su diversidad». A partir de esta afirmación, Bobes Naves hace un recorrido histórico y personal por la situación académica e institucional universitaria a través de materias o disciplinas que plantearon la superación del historicismo positivista en el estudio de la literatura desde el siglo XIX, lo que fue propiciado en buena parte por la aparición de nuevos enfoques que vieron las posibilidades de la investigación cultural.

En definitiva, con este volumen colectivo, compuesto por diez trabajos que versan sobre las relaciones de la Literatura y la Teoría con diferentes ámbitos del saber y de la experiencia, se pone de relevancia la pertinencia del concepto de «transversalidad» en el marco de la investigación literaria y teórica actual. Cuestiones como los estudios culturales, la transmedialidad, la cibertecnología, la bioética, etc. suponen la búsqueda de enfoques que ahonden en los puntos de encuentro y desencuentro, en las convergencias y divergencias existentes dentro del conocimiento humano.

Cristina Jiménez Gómez
(Universidad de Córdoba)